

sula, como no había pensado jamás en comprometer la de madama Gosse.

Ahora bien; en la hora misma en que hemos dejado á José en conversacion con Jacquemin, las caritativas comadres, amigas de madama Gosse y de sus botellas de matices diversos, manifestaban la mayor emoci6n; se habian formado grupos en el pasillo, al pié de la escalera, en la puerta, por todas partes. Es que acababa de pasar un hecho inaudito en los fastos de la casa. El hombre de gaban castaño habia subido á casa de madama Gosse á una hora que no acostumbraba, y segun toda probabilidad, al volver de su covacha, el «lobo adorado» iba á encontrarse con él.

¿Qué iba á decir el «lobo adorado»? ¿Qué iba á hacer el hombre de gaban castaño?

La curiosidad exasperada habia llegado á su colmo, y mucho mas aun, cuando se vió venir, á la hora regular como un reló, á M. Gosse, con el sombrero marcialmente echado sobre la oreja, con el baston tendido hácia adelante, tarareando y una sonrisa satisfecha en los labios, volver la esquina de la calle, entrar por la puerta de la casa y subir los escalones uno á uno, haciendo sonar su baston en cada tramo. — Cada uno de estos movimientos sucesivos fué acompañado por un suspiro de angustia de las buenas vecinas, y cuando el ruido de su paso se amortiguó en las partes superiores de la espiral de la escalera sombría, entonces fué un delirio, pataleos de impaciencia y de alegría, — ¡pues ya se ve! — iban á presenciar una escena, á asistir á un espectáculo gratis, á coger *in fraganti* á esa dama Gosse, tan altanera con sus rentas y su anisete.

Cierto es que algunos clamaban en su favor, y afirmaban timidamente que madama Gosse era una vecina complaciente, y sus licores excelentes, pero en seguida, sofocadas sus voces por haberse atrevido á defenderla, se callaban muy pronto ante el murmullo indignado de las virtuosas comadres. — Se le compadecia á ese pobre querido M. Gosse, «que no tenia mas malicia que un carnero.» — «Ya era tiempo que ese escándalo, indigno de una casa honrada, se acabara.» ¡Qué sé yo! — Era un concierto unánime que, apuesto, se habria vuelto bien pronto contra el «lobo querido», si madama Gosse hubiese distribuido oportunamente un gran frasco de rosoli.

Ahora bien, cinco minutos, diez minutos se pasaron, sin que ningun ruido, indicio de una disputa, bajara de los pisos superiores. Reinaba ya el silencio; pero con la cabeza tendida, se escuchaba siempre en balde. En fin, una puerta se abrió, un paso fuerte resonó en las gradas, y el de un baston retumbante en las tablas sonoras: no quedaba duda, M. Gosse bajaba, y bajaba solo.

Descendia en efecto el buen hombre, siempre risueño, impasible, con su sombrero pardo inclinado á un lado de la cabeza, teniendo su baston perpendicular, tan tranquilo, en una palabra, como si no hubiese encontrado en su domicilio al menor visitante con gaban castaño, ó como si esta salida fuera de sus costumbres no hubiese sido un acontecimiento excepcional en su vida.

Esta vez la curiosidad frustrada se volvió en rabia. —

¿Para qué, os lo pregunto, interesarse por un marido tan pacífico? — No tenia, bien mirado, sino lo que merecia. — Las vecinas irritadas no se muerden la lengua, os lo aseguro.

Pero sin hacer el menor caso de los cuchicheos, de las miradas solapadas, de las risitas irónicas que le saludaban al pasar, M. Gosse atravesó imperturbable los grupos, así como el paso de la puerta, torció la direccion en la esquina de la calle, y fué tranquilamente (acontecimiento aun mas sorprendente que todos los demas) á sentarse en la delantera de un café.

Sí, M. Gosse se sentó en la delantera de un café, y lo que mas es, hizo gasto.

Cuando un chiquito, encargado por las vecinas de espíar los hechos y gestos de M. Gosse, vino á referir esta estúpida noticia, fué recibido con un asombro silencioso. Ciertamente, sabíase largo tiempo hacia que en su casa el «lobo querido» estaba muy distante, como se dice, de llevar los calzones; pero retirarse discretamente para dejar á su mujer en una conversacion confidencial sospechosa, y vender su dignidad por el precio de una taza de café, hé ahí lo que traspasaba todos los límites, ¡aun en un Gosse!

Dejemos á las comadres desahogarse con suposiciones y geremiadas gratuitas, y subamos los cuatro pisos de la vivienda de los Gosse. Encontraremos allí, sentados á la mesa del comedor, con los codos apoyados en ella y un frasco de elixir destapado entre los dos, á la ex-partera y á nuestro antiguo conocido M. Gigant.

Su conversacion es sin duda importante, pues, aunque solos, hablan en voz baja, y madama Gosse se habia levantado al principio de ella para cerrar la puerta que habia quedado abierta.

M. Gigant habla pausadamente como hombre seguro de su negocio, y madama Gosse hace de vez en cuando una objecion tímida, casi en seguida refutada.

En este mismo momento, las vecinas, paradas en la sombra del corredor, acechan la vuelta de M. Gosse, con la esperanza siempre de presenciar una disputa ó un escándalo.

M. Gosse sube, se detiene en la meseta del cuarto piso, y llama timidamente.

— ¡Es Gosse! exclama la antigua partera.

M. Gigant ni aun se ha estremecido.

— Ya sabeis, mi querida señora, dice M. Gigant, que así por vuestro interés como por el nuestro, vuestro marido no debe saber nada de nuestros secretos.

— ¡Pobre corderito, exclamó madama Gosse. — ¿Y qué haria, ¡Dios mio! de nuestros secretos?

Y entreabriendo la puerta de entrada:

— Estoy tratando de negocios serios, mi lobo adorado, vuelve dentro de una hora; ahí tienes treinta sueldos para que tomes otra taza.

Y hé ahí cómo, por primera vez en su vida, el lobo adorado fué al café é hizo gasto.



El matrimonio Gosse.

### III

#### LOS ESCRÚPULOS DE MADAMA GOSSE.

Razon tenia ademas M. Gosse en mostrar confianza absoluta en su costilla, pues era una gran mujer de gobierno madama Gosse.

Gracias á ella, á ella sola hasta el dia, la casa habia marchado sin embarazo; no era, en efecto, el salario de las copias del escribiente memorialista lo que hubiera podido hacer correr esos torrentes de perfecto amor y esos numerosos frascos de cerezas.

Sin embargo, preciso es confesarlo, en un sentido las co-

madres tenian razon, y la fortuna relativa de la familia Gosse era debida por entero al hombre del gaban castaño, es decir, á M. Gigant.

La ex-partera era uno de los muñecos que hacia bailar á su antojo este formidable director de maniquis; era una de las ruedas mas ínfimas, verdad es, pero al mismo tiempo una de las mas necesarias de sus combinaciones.

La conversacion de Fritz, del doctor y de M. Gigant en la oficina del arrabal Montmartre, nos ha hecho entrever ya el papel que estaba destinada á representar en el plan tenebroso de los tres cómplices.

Era ella quien, en los primeros tiempos, habia estado encargada de educar ócultamente á la niña Liliás, y llegado el dia, con ella se contaba tambien para establecer jurídicamente el estado civil de dicha niña.

La informacion de la paternidad está vedada, pero no la de la maternidad. Como hija de la señora de Puysaie, nacida durante el matrimonio, Liliás llegaria á ser, muy natu-



ralmente, la heredera única de Loredano y de Cipriana, su hermana primogénita.

No se había puesto á madama Gosse al corriente de esta profunda combinacion; creíase ella meramente mezclada en uno de esos dramas de amor..., de adulterio, digamos la palabra, demasiado comunes, por desgracia, en las grandes ciudades.

No era una mala mujer madama Gosse, pero su probidad tampoco era suficientemente enérgica para rechazar una ganancia adquirida con tanta facilidad. Además era mujer y partera. Las parteras de nuestro tiempo son las herederas directas de las Lisetas y de las Dorinas, y siempre toman gustosamente el partido de los Valerios contra los Arnolfos.

En suma, ¿qué mal había hecho criando á Liliás, y recibiendo las visitas clandestinas de su madre? Ninguno, en verdad. Había salvado á una pobre criaturita destinada tal vez al hospicio de los niños expósitos, ó quizás á alguna otra suerte mas horrible; había consolado á una pobre mujer desesperada, y lo que era mejor aun, había ganado muy buenas rentitas en este caritativo tráfico.

Es muy cierto que estas rentas, retribucion algo exagerada, hubieran debido hacer reflexionar á madama Gosse; debiera haberse dicho que gentes que pagaban tan generosamente, pedirían sin duda un dia mucho.

Pero madama Gosse era pobre, y le gustaban los limoncitos en conserva y el perfecto amor. ¿Cómo había de hacer para no sucumbir á seducciones tan numerosas?

Luego, en verdad, M. Gigant era tan bonachon, tan franco, tan cordial, que era imposible desconfiar de sus consejos ó resistir á sus demandas.

Hoy no se trataba de Liliás, sino de Ursula.

El buen M. Gigant no se cansaba jamás cuando se trataba de hacer bien.

Ursula, decia, estaba amenazada de un gran peligro del cual había querido librarla colocándola bajo la guarda de la buena madama Gosse. Venia pues á prevenir á dicha señora que no se mostrase asombrada si al dia siguiente no veía á Ursula. Hasta seria bueno que ella misma hiciera correr el rumor de una ausencia. Por ejemplo, Ursula podía haber tenido la idea de ir á ver de nuevo á las buenas religiosas que la habían educado. M. Gigant descansaba enteramente en el tacto y la inteligencia de madama Gosse, para encontrar á la desaparicion de la jóven la explicacion que le pareciese mas plausible.

Pero esta vez madama Gosse experimentaba alguna repugnancia en someterse á las exigencias de M. Gigant. El peligro mal definido con que se amenazaba á Ursula no bastaba para convencerla. Aun no teniendo ningun derecho sobre su pupila por casualidad, la costumbre la había ligado á esa pobre niña cuya tutela había aceptado, no pensando que se la volverían á quitar tan pronto. Ciertamente, tenia gran confianza en M. Gigant, tanta mayor confianza que su interés mismo la inducia á aceptar como dinero contante las explicaciones que no le debía y consentía en darle. Sin embargo, en el fondo de su alma, débil quizás, pero buena,

una duda se elevaba en medio de tantos misterios acumulados á su antojo.

Se rebelaba, queria saber y no obrar como instrumento ciego.

Una vez, la primera, M. Gigant había venido á buscarla y le había dicho:

— Se trata de educar ocultamente á la niña de una señora del gran mundo á quien perderia una indiscrecion. Se tiene confianza en vcs. En esta educacion ganareis un bienestar, y hareis á una familia poderosa uno de esos servicios que no se olvidan nunca.

Y ella había aceptado.

Cuando volvió la segunda vez, le había dicho:

— ¿Quereis servir de madre, de protectora á una miserable niña abandonada, considerarla como vuestra hija propia, responder ante mí de ella, como yo por mi parte ante su familia?

Y tambien esta vez había dicho sí.

Es que en suma sabia á lo que se comprometia, y que en este empeño no había ninguna cláusula que repugnaba á su probidad. Pero ¿qué venia á pedirla M. Gigant, ahora que conocia á Ursula, que se había aficionado á esa querida y dulce jóven? Venia á pedirla que diese su apoyo á un rapto cuya naturaleza y objeto ignoraba; luego él no tenia ningun derecho sobre Ursula, puesto que se veía obligado á un rapto para volverla á tomar, y entonces, ¿qué queria hacer de ella?

Nada bueno, ciertamente. Madama Gosse estaba muy obligada á confesarlo callandito á sí misma.

Las rentitas, la mescolanza del rosoli y lo restante tenían sin duda muchos atractivos; pero hacer traicion á una pobre criatura que no tiene en el mundo mas apoyo que el de uno, eso es muy duro.

M. Gigant se roía las uñas de impaciencia. No tenia mas que algunas horas delante de sí, y desesperaba de poder vencer la obstinacion de madama Gosse.

Esta tenia un poco de miedo de los ojazos de M. Gigant; pero recobraba prontamente su valor recurriendo frecuentemente al auxilio de sus numerosos cordiales, yendo alternativamente del rosoli á la crema de menta, y del licor de nuez al anisete.

— Veamos, mi buena madama Gosse.

— No, no y no, mi querido señor, basta ya de misterios. — En primer lugar, todos esos gatuperios desagradan á Gosse. — Me decia todavia ayer, el querido hombre: — «Mira, *bebella* (es un nombre amistoso que me da), basta de misterio, no quiero mas misterios.»

— Pero os aseguro, madama Gosse, que no hay ningun misterio en todo eso. — Despues de todo, ¿quién os ha confiado á Ursula?

— ¡Vos, mi querido señor del buen Dios! — ¡Oh! no voy en contra. — Pero, considerad, la chiquita se complace con nosotros. Gosse se ha aficionado á ella, y me dejaria cortar la mano antes que permitir le suceda el menor mal. — Pues bien, no es porque yo desconfie de vos, ¡oh! ¡Dios mio! no; ese rapto en la noche, sin que se sepa el por qué, eso es am-

biguo, muy ambiguo. ¿Y qué quereis que yo responda cuando su patrona venga mañana á reclamarla? ¿Que está con su familia? — En primer lugar, la chiquita no ha dejado de charlar, y se sabe bien que no tiene sino á nosotros en el mundo. — No, no, os digo que es imposible.

— Preciso es, sin embargo, que eso sea, exclamó M. Gigant. Vamos á ver, madama Gosse, — y volvió á sentarse cerca de ella: — tengo otra proposicion que haceros. — Os habeis aficionado los dos á Ursula, comprendo eso; es tan dulce y tan linda, esa chica, que yo mismo, sin haberla visto apenas, me siento lleno de afecto hácia ella. Todos la amamos, pardiez.

Eso no deja lugar á la menor duda. Pues bien, ¿qué diriais de algunos dias pasados en una casa de campo con ella, en las cercanías de París? Algunos dias, hé ahí todo lo que es menester. Estais segura que con vos no le sucederia desgracia alguna, ¿no es verdad? Sed razonable, ¿puedo deciros ya nada mejor? Una desaparicion de algunos dias hace desaparecer el peligro que la amenaza, peligro cuya naturaleza no puedo de ningun modo revelaros.

— ¡Oh! sin duda, dijo madama Gosse medio vencida. Pero ¿creéis que consienta ella en marcharse sin explicacion?

— ¡Eh! justamente, exclamó M. Gigant, hé ahí por qué hago hacer el rapto. Ella charlaria, iria á despedirse de sus compañeras de taller, ¿qué sé yo? Así podria encontrarse su huella, y todo se perderia, ¿entendeis? — Que vos desaparezcáis con ella, no veo ningun inconveniente en ello, pero es indispensable absolutamente que mañana no se la encuentre aquí, y que ninguno pueda decir lo que ha sido de ella.

— Pues bien, exclamó madama Gosse, sacando del fondo de una buena copa una fuerte resolucion, hareis hacer el rapto de las dos, ó no habrá rapto de nadie, tal es mi última palabra.

— Y lo último es lo bueno, repuso M. Gigant. De hecho, todo está mejor así; sabeis demasiado para que una indiscrecion por vuestra parte no sea peligrosa. Os habrian quizás sonsacado las cosas, mientras que M. Gosse no podrá decir nada.

— ¡Pardiez! el buen hombre, puesto que no sabe nada.

## IV

## LA PIPPIONE Y MISTIGRIS.

Son las nueve de la noche próximamente. La Pippione está durmiendo en su camita.

Nada mas triste que el zaquizami en donde viven hace largas semanas estos dos seres: la Pippione y Chinela. Una mesa de madera negra manchada de grasa y de cabos de

velas de sebo, una percha en la que están colgados algunos vestidos abigarrados; en un rincon, los montantes desunidos de la barraca del señor Polichinela; en otro, el mismo señor Polichinela acostado fraternalmente al lado de su enemigo el comisario y de su desgraciada mitad. Hé ahí todos los muebles de la vivienda.

Nada de lumbre; el aire exterior no llega á la sórdida bohardilla sino por una sola ventana abierta en el extremo de una especie de pasadizo que corta en dos el plano inclinado del tejado. Durante el dia, esta ventana no deja ver mas que el cielo; á esta hora no deja penetrar mas que el frio.

La Pippione duerme un sueño penosamente agitado por la fiebre. Su respiracion ronca levanta con dislaceraciones los huesos de su débil pecho. Duerme, y nadie vela su sueño, excepto Mistigris, el pobre gato negro.

El pobre gato martir, el gato del comisario, victima eterna y resignada del garrote de Polichinela, como la Pippione es la resignada y eterna victima de su *padrone*.

Así es que, entre estos tristes seres, el gato y la niña, ha nacido una grande amistad, y durante los largos y monótonos dias, cuando Chinela está no se sabe dónde, y la linda Ursula en el taller, acurrucado sobre sus cuatro patas, con sus ojos grandes abiertos y fijos en los menores movimientos de los cobertores, el miserable animal vela el sueño de la Pippione.

¡Pobre Mistigris! ¡pobre Pippione!

Esta se ha meneado bajo sus delgados cobertores, ha encogido sus miembros débiles para concentrar en ellos el calor; un golpe de tos aguda como un suspiro desgarró su garganta; abre los ojos, y, en frente de ella, ve relucir, abiertos, los ojos amarillos de Mistigris.

— ¡Mistigris! ven aquí, Mistigris.

Y estirándose sobre sus largas patas, encorvando el lomo, modulando su runrun acariciador, Mistigris salta sobre la cama y viene á rozarse con su amita.

¡Pobre Pippione! ¡pobre Mistigris!

Los dos se comprenden. ¡Ah! esas intensas, esas tristes miradas, cuántas veces las han cruzado en el viento, bajo la nieve, mientras que la Pippione tendía en balde en la punta de sus dedos el platillo de estaño; mientras que el gato, en uno de esos ensueños profundos que hacen los animales algunas veces, no podia comprimir un maullido de dolor bajo el palo de Polichinela.

Y los pilluelos se reían entonces... de la Pippione y de sus actitudes friolentas; de Mistigris y de sus saltos extraviados.

¡Pobre Mistigris! ¡pobre Pippione!

— ¡Mistigris! ven aquí, Mistigris.

Juegan los dos, el animal y la niña. El gato da á través de los cobertores brincos alegres que acompañan las alegres carcajadas de la chiquita, interrumpidas, ¡ay! muy á menudo por la obstinada tos. ¡Salta, Mistigris! salta aquí, salta allá; y Mistigris salta y la Pippione se rie; triste risa, rajada y convulsiva, que termina siempre con un quejido.

¡Ah! ¡pobre Pippione! ¡pobre Mistigris!